



## Niágara

José María Heredia

Templad mi lira, dádmela, que siento  
En mi alma estremecida y agitada  
Arder la inspiración. ¡Oh! ¡cuánto tiempo  
En tinieblas pasó, sin que mi frente  
Brillase con su luz...! Niágara undoso,  
Tu sublime terror sólo podría  
Tornarme el don divino, que ensañada  
Me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, calla  
Tu trueno aterrador: disipa un tanto  
Las tinieblas que en torno te circundan;  
Déjame contemplar tu faz serena,  
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.  
Yo digno soy de contemplarte: siempre  
Lo común y mezquino desdeñando,  
Ansié por lo terrífico y sublime.

Al despeñarse el huracán furioso,  
Al retumbar sobre mi frente el rayo,  
Palpitando gocé: vi al Oceano,  
Azotado por austro proceloso,  
Combatir mi bajel, y ante mis plantas  
Vórtice hirviente abrir, y amé el peligro.  
Mas del mar la fiereza  
En mi alma no produjo  
La profunda impresión que tu grandeza.

Sereno corres, majestuoso; y luego  
En ásperos peñascos quebrantado,  
Te abalanzas violento, arrebatado,  
Como el destino irresistible y ciego.  
¿Qué voz humana describir podría  
De la sirte rugiente  
La aterradora faz? El alma mía  
En vago pensamiento se confunde  
Al mirar esa férvida corriente,  
Que en vano quiere la turbada vista  
En su vuelo seguir al borde oscuro  
Del precipicio altísimo: mil olas,  
Cual pensamiento rápidas pasando,  
Chocan, y se enfurecen,  
Y otras mil y otras mil ya las alcanzan,  
Y entre espuma y fragor desaparecen.

¡Ved! ¡llegan, saltan! El abismo horrendo  
Devora los torrentes despeñados:  
Crúzanse en él mil iris, y asordados  
Vuelven los bosques el fragor tremendo.  
En las rígidas peñas  
Rómpese el agua: vaporosa nube  
Con elástica fuerza  
Llena el abismo en torbellino, sube,  
Gira en torno, y al éter  
Luminosa pirámide levanta,  
Y por sobre los montes que le cercan  
Al solitario cazador espanta.

Mas ¿qué en ti busca mi anhelante vista  
Con inútil afán? ¿Por qué no miro  
Alrededor de tu caverna inmensa  
Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas,  
Que en las llanuras de mi ardiente patria  
Nacen del sol a la sonrisa, y crecen,  
Y al soplo de las brisas del Océano,  
Bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo a mi pesar me viene...  
Nada ¡oh Niágara! falta a tu destino,  
Ni otra corona que el agreste pino  
A tu terrible majestad conviene.  
La palma, y mirto, y delicada rosa,  
Muelle placer inspiren y ocio blando  
En frívolo jardín: a ti la suerte  
Guardó más digno objeto, más sublime.  
El alma libre, generosa, fuerte,  
Viene, te ve, se asombra,  
El mezquino deleite menosprecia,

Y aun se siente elevar cuando te nombra.

¡Omnipotente Dios! En otros climas  
Vi monstruos execrables,  
Blasfemando tu nombre sacrosanto,  
Sembrar error y fanatismo impío,  
Los campos inundar en sangre y llanto,  
De hermanos atizar la infanda guerra,  
Y desolar frenéticos la tierra.

Vilos, y el pecho se inflamó a su vista  
En grave indignación. Por otra parte  
Vi mentidos filósofos, que osaban  
Escrutar tus misterios, ultrajarte,  
Y de impiedad al lamentable abismo  
A los míseros hombres arrastraban.  
Por eso te buscó mi débil mente  
En la sublime soledad: ahora  
Entera se abre a ti; tu mano siente  
En esta inmensidad que me circunda,  
Y tu profunda voz hiere mi seno  
De este raudal en el eterno trueno.

¡Asombroso torrente!  
¡Cómo tu vista el ánimo enajena,  
Y de terror y admiración me llena!  
¿Dó tu origen está? ¿Quién fertiliza  
Por tantos siglos tu inexhausta fuente?  
¿Qué poderosa mano  
Hace que al recibirte  
No rebose en la tierra el Océano?

Abrió el Señor su mano omnipotente;  
Cubrió tu faz de nubes agitadas,  
Dio su voz a tus aguas despeñadas,  
Y ornó con su arco tu terrible frente.  
¡Ciego, profundo, infatigable corres,  
Como el torrente oscuro de los siglos  
En insondable eternidad...! ¡Al hombre  
Huyen así las ilusiones gratas,  
Los florecientes días,  
Y despierta al dolor...! ¡Ay! agostada  
Yace mi juventud; mi faz, marchita;  
Y la profunda pena que me agita  
Ruga mi frente, de dolor nublada.

Nunca tanto sentí como este día  
Mi soledad y mísero abandono  
y lamentable desamor... ¿Podría  
En edad borrascosa

Sin amor ser feliz? ¡Oh! ¡si una hermosa  
Mi cariño fijase,  
Y de este abismo al borde turbulento  
Mi vago pensamiento  
Y ardiente admiración acompañase!  
¡Cómo gozara, viéndola cubrirse  
De leve palidez, y ser más bella  
En su dulce terror, y sonreírse  
Al sostenerla mis amantes brazos...!  
¡Delirios de virtud...! ¡Ay! ¡Desterrado,  
Sin patria, sin amores,  
Sólo miro ante mí llanto y dolores!

¡Niágara poderoso!  
¡Adiós! ¡adiós! Dentro de pocos años  
Ya devorado habrá la tumba fría  
A tu débil cantor. ¡Duren mis versos  
Cual tu gloria inmortal! ¡Pueda piadoso  
Viéndote algún viajero,  
Dar un suspiro a la memoria mía!  
Y al abismarse Febo en occidente,  
Feliz yo vuelvo el Señor me llama,  
Y al escuchar los ecos de mi fama,  
Alce en las nubes la radiosa frente.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la  
[Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite  
el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



**editorial del cardo**